

El aire de Poblet

■ DESDE HACE YA UNOS quince años me he acostumbrado, por estas fechas, a acercarme al monasterio de Poblet. Al principio creía que era sólo mi interés por la historia y por la arquitectura del cenobio la que me empujaba a tan hermoso lugar. También pensé que la relativa cercanía de mi refugio de verano, en la Conca de Barberà, tenía algo que ver con ese impulso que no me sabía explicar. Y, por supuesto, mi amistad con el sabio monje Agustí Altisent, que hace amena cualquier charla sobre cualquier tema divino o humano, sería otra razón de mi repetido acercamiento a Poblet.

Todas estas explicaciones eran verdaderas, pero también parciales. Claro que es muy gratificante entrar por la puerta real, dejar a la derecha el palacio del rey Martín y, de cruzar el atrio, llegar al claustro mayor, recorrerlo despacio y sentarse a mirar y a escuchar la primorosa fuente hexagonal; y pasar a la iglesia, al asombro de sus tres naves, de su retablo de alabastro...

En fin, necesitaría más espacio y más tiempo para describir todo lo que encierra este gran recinto, desde las tumbas de los condes-reyes de la Corona de Aragón hasta lo que allí he aprendido a ver y a soñar llevado por la conversación con el monje Altisent.

¿Pero no había una explicación que abarcara todas estas razones, que las envolviera todas, como el aire envuelve todas las cosas? El aire. ¡El aire de Poblet! Fue el año pasado cuando descubrí que el aire del monasterio era la causa totalizadora, la explicación de mi deseado acercamiento al más bello rincón de Cataluña.

Es un aire fino, sosegado, limpio, casi intemporal, que acaricia todo lo que toca, y tan fresco como las aguas del lugar. San Bernardo sabía lo que ordenaba cuando reglamentó que los monasterios cistercienses estuvieran en lugares frescos y umbríos.

El aire de Poblet envuelve paseos, miradas, conversaciones y ensueños, e invita a ganar parte de mi tiempo y de mi vida entre sus muros.

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

LUNES, 13 AGOSTO 1990

LA VANGUARDIA